

DEJEN QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ

“Dejen que los niños se acerquen a mí... Los acariciaba y los bendecía poniendo las manos sobre ellos.” (Mt 19,14)

Este es el texto que ha golpeado con más fuerza el corazón de Juan María y que le ha servido como punto central para focalizar desde ahí todo el Evangelio. Esta es la vocación a la que el Menesiano se siente llamado. Esta es la Palabra carismática que ha engendrado el cuerpo congregacional y que tiene que seguir dándole vida.

“Jesús, que has dicho: Dejen a los niños vengan a mí, y que me has inspirado el deseo de conducirlos hacia ti, dignate bendecir mi vocación, asísteme en mis trabajos, y derrama sobre mí el espíritu de fuerza, de caridad y de humildad, a fin de que nada me aparte de tu servicio y que, cumpliendo con celo las funciones a las que me he consagrado, sea del número de aquellos que has prometido la salvación, porque habrán perseverado hasta el fin.”¹

Dimensión personal

De esta palabra del Evangelio el menesiano debe hacer exégesis viviente a lo largo de la historia. De esta Palabra evangélica debe hacer memoria. El menesiano, llama a los niños como el mismo Jesús los llamaba, con las mismas actitudes de bondad y ternura.

“Queridos niños, dense prisa en venir con confianza, los llamo a todos en nombre del Señor Jesús que mientras estuvo en la tierra os llamaba también con tanta ternura y tanta bondad.”²

Romper y distribuir el pan (el pan material, el de la instrucción, el de sentido...) es una tarea urgente, absoluta, nacida de un corazón enternecido por los niños, como en la multiplicación de los panes

“Dejen su país, su familia, sacrifiquen todo; vayan y enseñen a esos pobres niños que piden el pan de la instrucción y que están expuestos a perecer porque no hay nadie que lo rompa y se lo distribuya.”³

El menesiano, lleno del Espíritu como Jesús, les impone las manos para liberarlos, para hacerles ver, caminar, darles vida. El menesiano continúa la misión de Jesús, hombre poderoso en “hechos y palabras”. Proclamar y curar son las dos dimensiones que deben ir juntas en la misión de todo enviado. Es lo que el evangelio llama “enseñanza con autoridad”. Si hay sólo proclamación, sin “milagros”, sin experiencia real de salvación, uno se queda en pura ideología.

*“Sublime vocación. Es la del mismo Jesucristo. Él no ha abandonado el seno de su Padre sino para hacer lo que ustedes van a hacer a su ejemplo. La Escritura nos dice que ha pasado haciendo el bien, **instruyendo** a los pobres, dando vista a los ciegos, enderezando a los cojos, curando a los enfermos; y ustedes también enseñan la verdadera doctrina a aquellos que la ignoran y que privados de sus lecciones la habrían ignorado siempre; ustedes también **hacen prodigios** en el orden espiritual; estos niños a quienes abren los ojos a las divinas claridades, a quienes enseñan a conocer a Dios y el camino que conduce al cielo; estos niños débiles a quienes devuelven la salud del alma; estos niños ya sepultados en el vicio, como en un sepulcro infecto y que ustedes los hacen salir, ¿quiénes son sino los ciegos a los que se les da luz, y que por sus cuidados, comenzarán a caminar derecho y con paso firme, los muertos resucitados?”⁴*

¹ Regla 1823. Oración que los hermanos rezaban todos los días.

² Sermones II, página 799

³ Sermones VII p. 2242

⁴ Apertura del retiro a los hermanos

El menesiano debe aprender de los niños la sencillez para saber acoger el Reino. Con ellos aprende a sentirse pobre, necesitado, a abrirse al don del Reino y a abandonar su vida en las manos de Dios.

“Su gloria, compréndanlo bien, es hacer cristianos de estos niños que sin ustedes no lo serían nunca. De estos niños que no pueden llegar a serlo más que en la medida en que ustedes les enseñen, no con sus discursos sino con sus ejemplos a ser humildes de corazón. De estos niños a quienes deben asemejarse para que les pertenezca el reino de los cielos.”⁵

El menesiano, identificado emocionalmente con el sentir y querer de Dios, se siente empeñado en una entrega sin medida al servicio de los últimos: los niños.

“No será así; y a la vista de esta multitud de niños que nos llaman en su socorro, que nos piden y nos conjuran tener piedad de su suerte, de arrancarlos de la muerte eterna de la que están amenazados, ningún interés humano nos retendrá; nos lanzaremos hacia ellos, los tomaremos en nuestros brazos y les diremos: queridos niños, a los que Jesús nuestro Salvador ha amado tanto, a los que se ha dignado abrazar y bendecir, vengan a nosotros, permanezcan con nosotros, seremos los ángeles de la guarda de su inocencia.”⁶

El menesiano, como el Padre, hace de los abandonados, de los pobres, de los últimos el objeto preferente de su servicio y de su amor.

“Aunque hubiésemos perdido el proceso, no hubiésemos echado a los pobres: son sagrados para nosotros”⁷

Dimensión apostólica

El sentido de cada vida se realiza en los lazos, en los vínculos que nos atan con los demás, y en la manera de vivirlos. Juan María subrayará con fuerza la unidad de los “lazos” (“lazos esenciales”, dirá él) que nos vinculan a Dios y a los jóvenes. Por ello, la relación educativa con los niños y jóvenes es algo querido por Dios, es elemento de identidad. Dirá Juan María, por boca de los niños, “Dios te había encargado”, “Debías alimentarme.”

“La salvación de un hermano (menesiano) como la de un sacerdote está LIGADA a la salvación de otros; cuando el último día estemos allí delante el tribunal supremo ¿dónde estarán nuestras excusas si vemos caer en el infierno, una sola alma que podríamos haber liberado con nuestros cuidados caritativos y con el esfuerzo de nuestro celo? ¿Qué podremos responder cuando estas desgraciadas almas nos digan: Dios te había encargado instruirme y me has dejado en la ignorancia; te había encargado socorrerme en mi miseria y has sido sordo a mis gritos; viles motivos de interés, de placer, de orgullo o de ambición te han alejado de mí cuando yo imploraba tu socorro y tu piedad; debías alimentarme, no lo has hecho, me has matado?”⁸

El menesiano está llamado a vivir la misma misión de Jesús. En Él, es otro “hijo-enviado”. Como Jesús, está llamado a acompañar, a predicar, a sanar, a liberar. Como Jesús, anuncia el Reino y busca ante todo hacer discípulos de Jesucristo. Desde esta convicción, todo cambia de perspectiva. No vivirlo así supone la más radical traición a nuestra identidad: se vive la educación, como profesión y no como ministerio; como tarea y no como misión; como trabajo y no como sacerdocio... no se es pastor, sino mercenario.

“¡Ojalá no lo olviden! Su obra es bella, santa, porque tiene por objeto hacer no sabios sino santos. Su ministerio es sublime, divino, porque no se proponen únicamente dar a los niños que les son confiados los cuidados relativos a los intereses de la tierra, sino que están llamados a hacer de estos niños discípulos de Jesucristo, herederos de su reino y de su gloria. Su escuela es un templo en el que ejercen una de las más augustas funciones

⁵ Sermones VII, p. 2328–2334

⁶ Sermones VII, p. 2271

⁷ Carta al H. Luciano, 15 mayo 1849

⁸ Sermones VII, p. 2230

del sacerdocio, la de enseñar. Sentados en su cátedra, hablan en nombre de Jesucristo, ocupan su lugar y, por consiguiente, no hay nada de común entre ustedes y esos mercenarios para quienes una escuela es un taller de lectura, de escritura o de cálculo y que fabrican instrucción como un carpintero hace muebles. En este humilde hermano, revestido de su santo hábito, llevando sobre el pecho la imagen del Salvador crucificado, los padres y madres, ven como a otro Salvador para sus hijos. Cada uno ve en ustedes a un hombre separado del mundo, consagrado por voto a la educación cristiana de la infancia y que, separado de todo interés humano, se consagra por los motivos más elevados; y desde entonces, cada uno los toma y los acoge diciendo: Bendito el que viene en nombre del Señor.”⁹

*“Recordarán a menudo que están llamados menos a dar una instrucción profana que la ciencia de Jesucristo y de su amor”.*¹⁰

*“Debes ser muy feliz en medio de los pequeños niños que instruyes; inspírales a todos un gran amor por Jesucristo y una gran devoción a la Santísima Virgen.”*¹¹

En su misión, como Jesús, el menesiano debe transparentar el verdadero rostro de Dios: rostro de amor, de misericordia, de ternura. Debe bendecir y amar como Jesús. Debe ser ministro de la dulzura y de la caridad.

*“Ámalos mucho en Nuestro Señor y no descuides nada a fin de inspirarles su amor: ¡oh!, ¡y qué queridos te deben ser! ¡Qué dicha para ti ser llamado a ser su padre y su apóstol! Esfuérzate por ser cada vez más digno de tan bella y santa misión.”*¹²

*“Una escuela es como un hospital, todos los niños están enfermos: además cuanto más se ejercitan en la paciencia y en la caridad, más méritos ganan y mayor será su recompensa... Oh querido hijo, piensa de vez en cuando en la necesidad que tienes de que Dios sea indulgente contigo y siguiendo la palabra del evangelio, sé misericordioso para que tú mismo puedas obtener misericordia.”*¹³

*“Su ministerio debe ser siempre un ministerio de dulzura y caridad.”*¹⁴

El menesiano está llamado a realizar admirables parábolas del Reino de Dios en su misión educativa. En contra de la lógica del mundo que busca la eficacia, es memoria viva de la preferencia del Padre hacia los más pobres, que busca a una perdida, dejando noventa y nueve, que amanece cada día con el sueño de realizar la comunión entre los dispersos.

*“Un hermano (menesiano) es enviado, como Jesucristo mismo lo ha sido, para reunir las ovejas dispersas de la casa de Israel.”*¹⁵

Dimensión comunitaria

La forma de vida es comunitaria, necesita una comunidad para encarnarse. La comunidad está llamada a hacer visibles socialmente los aspectos carismáticos del Rostro de Cristo que la Congregación está llamada a representar en la Iglesia y en el mundo.

No basta con que cada menesiano tienda a vivir esos trazos. La Comunidad en sus opciones concretas (tiempos: horarios, organización de los descansos y de las actividades comunitarias...; espacios: lugares, apertura...) debe configurarse en un estilo al servicio de los niños y jóvenes.

Es una comunidad que enseña a los niños, que contempla el rostro del Padre y conoce sus

⁹ Sermones VII, p. 2326-27

¹⁰ Antología p. 323

¹¹ Carta del 18 noviembre 1846

¹² Al H. Émeric, 24-11-44

¹³ Al H. Enrique María Martial

¹⁴ Al H. Arturo, 23 de noviembre de 1846

¹⁵ Sermones VII p. 2322

deseos y los acoge y los hace suyos. Una comunidad que defiende a los últimos, que está con ellos, que no deja que sus derechos sean violados. Una comunidad defensora, acogedora, siempre abierta a los pequeños, en cualquier momento y circunstancia.

“Contaremos una a una estas tiernas ovejas que has puesto bajo nuestra custodia y las defenderemos de los ataques sin cesar renovados a los que están expuestos. Oh Dios mío, protégelos; protégenos a todos; no esperamos nada de los hombres; en Ti sólo está nuestra esperanza; no será confundida.”¹⁶

Una comunidad ángel, donde los niños y jóvenes se sienten siempre acogidos, amados, comprendidos y defendidos.

“Los hermanos no abandonarán los niños de los que están encargados ni de día ni de noche, ni estando a la mesa, ni en el recreo, ni durante el tiempo de trabajo, ni durante la oración.”¹⁷

Una comunidad que hoy sigue haciendo visibles las mismas parábolas del Reino y que continúa realizando, constante y creativamente, nuevos milagros del Reino.

¹⁶ Retiro a los sacerdotes de Saint-Méen, Ploërmel, 1825

¹⁷ Reglamento para los directores de establecimientos, nº 9.(Recueil, 1851)